

BELARMINO: La sagrada Congregacion ha dictado su veredicto sin tomar conocimiento de esos detalles.

GALILEI: Sí, entiendo. Con ello, toda próxima investigación científica...

BELARMINO: Está absolutamente asegurada, señor Galilei, y de acuerdo al concepto de la Iglesia de que no podemos saber pero que bien podemos investigar. *(Saluda nuevamente a un huésped en el salón de baile.)* Usted queda en libertad de seguir tratando esa teoría en forma de una hipótesis matemática. La ciencia es la legítima y más querida hija de la Iglesia, señor Galilei. Nadie de nosotros toma en serio el que usted quiera socavar la confianza de la Iglesia.

GALILEI *(con ira)*: Esa confianza se agota cuando se quiere imponerla.

BARBERINI: ¿Sí? *(Le palmea la espalda mientras suelta una carcajada. Luego lo mira fijamente y le habla con afabilidad.)* No derrame el agua de la tina con niño y todo, amigo Galilei. Nosotros tampoco lo hacemos porque lo necesitamos más que usted a nosotros.

BELARMINO: Ardo en deseos de presentar al más grande matemático de toda Italia al comisario del Santo Oficio, que sabrá dispensarle la más alta de las estimas.

BARBERINI *(tomando a Galilei por el otro brazo)*: Con lo cual se convertirá de nuevo en manso cordero. También a usted le hubiera convenido más venir disfrazado de doctor formal y conformista, mi querido amigo. Es mi disfraz el que hoy me permite un poco de libertad. En un atavío semejante puede usted oírme murmurar: si no hay Dios, hay que inventarlo. Bien, pongámonos otra vez las máscaras, ¡el pobre Galilei no tiene ninguna! *(Toman a Galilei del brazo dejándolo en el lugar del medio y lo llevan hasta el salón de baile.)*

EL PRIMER ESCRIBIENTE: ¿Tienes ya las últimas palabras?

EL SEGUNDO ESCRIBIENTE: En eso estoy. *(Escriben con ahinco.)* ¿Tienes tú eso cuando dijo que cree en la razón? *(Entra el Cardenal Inquisidor.)*

EL INQUISIDOR: ¿Se efectuó la entrevista?

EL SECRETARIO *(mecánicamente)*: Primero llegó el señor Galilei con su hija. Esta se ha prometido hoy con el señor...

(El Inquisidor hace una seña como que eso no le interesa.)

El señor Galilei nos informó, acto seguido, de una nueva forma de jugar al ajedrez, en la que las piezas, en contra de las reglas del juego, pueden moverse en todas las casillas.

EL INQUISIDOR *(de nuevo el mismo ademán)*: El protocolo. *(Un secretario le alcanza el protocolo. El Cardenal se sienta y lo lee de prisa. Dos damitas, con máscaras, atraviesan el escenario; frente al Cardenal hacen una reverencia.)*

UNA: ¿Quién es ése?

LA OTRA: El Cardenal Inquisidor. *(Se van con risas ahogadas. Entra Virginia buscando a alguien.)*

EL INQUISIDOR *(desde su esquina)*: ¿Qué busca, hija mía?

VIRGINIA *(asustándose un poco dado que no lo ha visto)*: ¡Oh, Vuestra Eminencia! *(El Inquisidor le alarga la mano derecha sin levantar la vista. Ella se acerca y, arrodillándose, besa su anillo.)*

EL INQUISIDOR: ¡Una noche sublime! Permítame felicitarla por sus esponsales. Usted se nos queda en Roma, ¿verdad?

VIRGINIA: Por el momento, no, Vuestra Eminencia. ¡Hay que preparar tantas cosas para una boda!

EL INQUISIDOR: Quiere decir que usted acompañará a su padre de regreso a Florencia. Me alegro, me alegro. Me imagino cómo su padre la debe necesitar. La matemática es una compañera muy fría, ¿verdad? Una criatura así, de carne y hueso, es una gran cosa en ese ambiente. Cuando se es un genio se corre el peligro de perderse fácilmente en el mundo de los astros, que tan inmensos son.

VIRGINIA *(sin aliento)*: Usted es muy bueno, Eminencia. Yo no entiendo casi nada de esas cosas.

EL INQUISIDOR: ¿No? *(Ríe.)* En casa de herrero, cuchillo de palo, ¿verdad? Su padre se divertirá cuando se entere que todo lo que usted sabe de las estrellas se lo enseñé yo, hija mía. *(Hojeando el protocolo.)* Aquí leo que nuestros innovadores, cuyo jefe reconocido en todo el mundo es su padre, un gran hombre, uno de los más grandes hombres, consideran exage-

rados nuestros actuales conceptos sobre la importancia de nuestra querida Tierra. Es que, desde los tiempos de Ptolomeo—un sabio de la Antigüedad— hasta hoy, se calculó la medida total de toda la creación, es decir, de toda la esfera de cristal en cuyo centro descansa la Tierra, en veinte mil veces el diámetro terráqueo. Una respetable extensión, pero muy pequeña, demasiado pequeña para innovadores. Según ellos esa extensión es de una amplitud inimaginable. La distancia entre la Tierra y el Sol, que, después de todo, es una distancia respetable, como nosotros siempre creímos, es para ellos tan ínfima comparada con la distancia entre nuestra pobre Tierra y las estrellas fijas sujetas a los anillos más externos, que en los cálculos ni siquiera se necesita tenerla en cuenta. ¡Y después dicen que a esos innovadores no les gusta vivir a lo grande! (*Virginia ríe. También el Inquisidor ríe.*) En efecto, hace poco, unos señores del Santo Oficio se escandalizaron de una imagen semejante del Universo. Comparada con ella la nuestra resulta tan pequeñita que bien podríamos colocarla alrededor del cuello tan encantador de cierta joven muchacha. Es que esos señores se inquietan porque un prelado o bien un cardenal podrían extraviarse fácilmente en una distancia tan colosal, y el Todopoderoso podría perder de vista aun al mismo Pontífice. Sí, esto es divertido, pero, no obstante, estoy contento de saber que usted continuará junto a su padre a quien todos tanto apreciamos, hija mía. Yo me pregunto, ¿conozco acaso, a su padre confesor?...

VIRGINIA: El padre Cristóforo, de Santa Úrsula.

EL INQUISIDOR: Sí, me alegro mucho entonces de que usted acompañe a su padre. Él la necesitará, tal vez usted no se lo imagina, pero ya verá. ¡Usted es tan joven todavía y, verdaderamente, tan de carne y hueso!... Y a aquellos a quienes Dios ha beneficiado no siempre les resulta fácil sobrellevar su genialidad. No siempre. Nadie entre los mortales es tan grande que no pueda ser incluido en una plegaria. Pero yo la estoy deteniendo, hija mía. Todavía su prometido es capaz de ponerse celoso y también su querido padre..., porque le he contado algo sobre los astros que tal vez sea ya anticuado.

Vaya rápido a bailar y no se olvide de saludar de mi parte al padre Cristóforo. (*Virginia hace una profunda reverencia y sale rápidamente.*)

UN DIÁLOGO.

En el palacio de la Legación florentina, en Roma, escucha Galilei al pequeño monje que, luego de la sesión del Colegio Romano, le había comunicado furtivamente el veredicto del Astrónomo Pontificio.

GALILEI: ¡Hable, continúe! La vestimenta que usted lleva le da siempre derecho a decir lo que se le ocurra.

EL PEQUEÑO MONJE: Yo he estudiado matemáticas, señor Galilei.

GALILEI: Eso serviría de algo si lo indujera a admitir de cuando en cuando que dos por dos son cuatro.

EL PEQUEÑO MONJE: Señor Galilei, desde hace tres noches no puedo conciliar el sueño. No sabía cómo hacer compatible el decreto que he leído con los satélites de Júpiter que he visto. Por eso me decidí a decir misa bien temprano para venir a verlo.

GALILEI: ¿Para venir a decirme que Júpiter no tiene satélites?

EL PEQUEÑO MONJE: No. Me ha sido posible penetrar en la sabiduría del decreto. Se me han revelado los peligros que traería para la Humanidad un afán desenfadado de investigar, y por eso he decidido renunciar a la astronomía. Pero quisiera hacer conocer a usted los motivos que pueden llevar a un astrónomo a abstenerse de continuar trabajando en la elaboración de cierta teoría.

GALILEI: Me permito decirle que esos motivos son ya de mi conocimiento.

EL PEQUEÑO MONJE: Comprendo su amargura. Usted piensa en ciertos y extraordinarios poderes de la Iglesia. Pero yo quisiera nombrarle otros. Permítame que le hable de mí. Yo

he crecido en la Campania, soy hijo de campesinos, de gente sencilla. Ellos saben todo lo que se puede saber sobre el olivo, pero desconocen muchas otras cosas. Mientras observo las fases de Venus veo delante de mí a mis padres, sentados con mi hermana cerca del hogar, comiendo sus sopas de queso. Veo sobre ellos las vigas del techo que el humo de siglos ha ennegrecido, y veo claramente sus viejas y rudas manos y la cucharilla que ellas sostienen. A ellos no les va bien, pero aun en su desdicha se oculta un cierto orden. Ahí están esos ciclos que se repiten eternamente, desde la limpieza del suelo en los campos de olivares a través de las estaciones, hasta el pago de los impuestos. Las desgracias se van precipitando con regularidad sobre ellos. Las espaldas de mi padre no se aplastaron de una sola vez, sino un poco todas las primaveras en los olivares, lo mismo que los nacimientos que se producen regularmente y van dejando a mi madre cada vez más como un ser carente de sexo. De la intuición de la continuidad y de la necesidad sacan ellos sus fuerzas para transportar, bañados en sudor, sus cestos por las sendas de piedra, para dar a luz a sus hijos, sí, hasta para comer. Intuición que recogen al mirar el suelo, al ver reverdecer los árboles todos los años, al contemplar la capilla y al escuchar todos los domingos el Texto Sagrado. Se les ha asegurado que el ojo de la divinidad está posado sobre ellos, escrutador y hasta angustiado, que todo el teatro humano está construido en torno a ellos, para que ellos, los actores, puedan probar su eficacia en los pequeños y grandes papeles de la vida. ¿Qué dirían si supieran por mí que están viviendo en una pequeña masa de piedra que gira sin cesar en un espacio vacío alrededor de otro astro? Una entre muchas, casi insignificante. ¿Para qué sería entonces necesaria y buena esa paciencia, esa conformidad con su miseria? ¿De qué servirían las Sagradas Escrituras, que todo lo explican y todo lo declaran como necesario: el sudor, la paciencia, el hambre, la resignación, si ahora se encontraran llenas de errores? No, veo sus miradas llenarse de espanto, veo cómo dejan caer sus cucharas en la losa del hogar, y veo cómo se sienten traicionados y defraudados. ¿Entonces no nos mira na-

die?, se preguntan. ¿Debemos ahora velar por nosotros mismos, ignorantes, viejos y gastados como somos? ¡Nadie ha pensado otro papel para nosotros fuera de esta terrena y lastimosa vida! Papel que representamos en un minúsculo astro, que depende totalmente de otros y alrededor del cual nada gira. En nuestra miseria no hay, pues, ningún sentido. El hambre significa sólo no haber comido y no es una prueba a que nos somete el Señor; la fatiga significa sólo agacharse y llevar cargas, pero con ella no se ganan méritos. ¿Comprende usted que yo vea en el decreto de la Sagrada Congregación una piedra maternal y noble, una profunda bondad espiritual?

GALILEI: ¡Bondad espiritual! Tal vez usted quiera decir: ahí no queda nada, el vino se lo han bebido todo, sus labios están resecos, ¡que se pongan entonces a beber sotanas! ¿Y por qué no hay nada? ¿Porque el orden en este país es sólo el orden de un arca vacía? ¿Porque la llamada necesidad significa trabajar hasta reventar? ¡Y todo esto entre viñedos rebosantes, al borde de los trigales! Sus campesinos de la Campania son los que pagan las guerras que libra en España y Alemania el representante del dulce Jesús. ¿Por qué sitúa él la Tierra en el centro del Universo? Para que la silla de Pedro pueda ser el centro de la Humanidad. Eso es todo. ¡Usted tiene razón cuando me dice que no se trata de planetas sino de los campesinos de la Campania! Y no me venga con la belleza de fenómenos que el tiempo ha adornado. ¿Sabe usted cómo produce sus perlas la ostra margaritifera? Encerrando con peligro de muerte un insoportable cuerpo extraño, un grano de arena, por ejemplo, y rodeándolo con su mucosa. La ostra da casi su vida en el proceso. ¡Al diablo con la perla! Yo prefiero las ostras sanas. Las virtudes no tienen por qué estar unidas a la miseria, mi amigo. Si su gente viviera feliz y cómoda podría desarrollar las virtudes de la felicidad y del bienestar. Ahora, en cambio, las virtudes de esos seres exhaustos provienen de exhaustas campiñas y yo no las acepto. Señor, mis nuevas bombas de agua pueden hacer más maravillas que todo ese ridículo trabajo sobrehumano. "Sed fecundos y multiplicaos",

porque los campos son infecundos y las guerras os diezman. ¿Debo, acaso, mentir a esa gente?

EL PEQUEÑO MONJE (*con gran emoción*): ¡Los más sagrados motivos son los que nos obligan a callarnos! ¡Es la tranquilidad espiritual de los desdichados!

GALILEI: ¿Quiere usted ver un reloj labrado por Cellini que esta mañana entregó aquí el cochero del Cardenal Belarmino? Amigo mío, en recompensa de que yo deje a sus padres la tranquilidad espiritual, las autoridades me ofrecen el vino de las uvas que ellos pisan en los lagares, con sudorosos rostros, creados a imagen y semejanza de Dios. Si yo aceptara callarme sería, sin duda alguna, por motivos bien bajos: vida holgada, sin persecuciones, etcétera.

EL PEQUEÑO MONJE: Señor Galilei, yo soy sacerdote.

GALILEI: Pero también es físico. Y, por consiguiente, ve que Venus tiene fases. Ven, mira allá. (*Señala algo a través de la ventana.*) ¿Ves allí en la fuente esa, cerca del laurel, al pequeño Priapo? ¡El dios de los jardines, de los pájaros y de los ladrones, el obscuro y grosero con dos mil años encima! Él mintió menos, pero no hablemos de eso. Bien, yo también soy un hijo de la Iglesia. ¿Conoce usted la octava sátira de Horacio? Las estoy leyendo de nuevo en estos días. Horacio equilibra un poco. (*Toma un pequeño libro.*) Aquí hace hablar a ese Priapo, una pequeña estatua que se encontraba en los jardines esquilinos. Así comienza:

"Fui un día inútil tronco de higuera,
un carpintero qué hacer de mí dudó,
si un banco o un Priapo de madera
cuando al fin por el Dios se decidió."

¿Cree usted que Horacio hubiera renunciado a poner un banco en la poesía reemplazándolo por una mesa? Señor, mi sentido de la belleza sufriría si en mi imagen del mundo hubiera una Venus sin fases. Nosotros no podemos inventar maquinarias para elevar el agua de los ríos si no nos dejan estudiar la maquinaria más grande de todas, la que está frente a nuestros ojos, ¡la maquinaria de los cuerpos celestes! La suma de los

ángulos del triángulo no puede ser cambiada según las necesidades de la curia. No puedo calcular la trayectoria de los cuerpos estelares y al mismo tiempo justificar las cabalgatas de las brujas sobre sus escobas.

EL PEQUEÑO MONJE: ¿Y usted no cree que la verdad, si es tal, se impone también sin nosotros?

GALILEI: No, no y no. Se impone tanta verdad en la medida en que nosotros la imponemos. La victoria de la razón sólo puede ser la victoria de los que razonan. Ustedes pintan a sus campesinos como el musgo que crece sobre sus chozas. ¡Quién puede suponer que la suma de los ángulos del triángulo puede contradecir las necesidades de esos desgraciados! Eso sí, que si de una vez por todas no despiertan y aprenden a pensar, ni las mejores obras de regadío les van a servir de algo. ¡Qué diablos!, yo veo su divina paciencia, pero ¿qué se ha hecho de su divino furor?

EL PEQUEÑO MONJE: ¡Están cansados!

GALILEI (*le arroja un paquete con manuscritos*): ¿Eres acaso un físico, hijo mío? Aquí están las razones porque los mares se mueven en flujo y reflujo. ¡Pero tú no debes leerlo, entiendes! ¿Ah, no? ¿Lo lees ya? ¿Entonces, eres un físico? (*El pequeño monje se ha enfrascado en los papeles.*) Una manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal: éste ya se la está engullendo. ¡Está ya maldito eternamente, pero igual se la engulle, desgraciado glotón! A veces pienso: me haría encerrar en una mazmorra a diez brazas bajo tierra, a la que no llegara más la luz, si en pago pudiera averiguar lo que es la luz. Y lo peor: lo que sé tengo que divulgarlo. Como un amante, como un borracho, como un traidor. Es realmente un vicio que nos guía a la desgracia. ¿Cuánto tiempo podré seguir gritando a las paredes? Ésa es la pregunta.

EL PEQUEÑO MONJE (*señala un párrafo en los papeles*): Esta parte no la entiendo

GALILEI: Te la explico, te la explico.

EL ADVENIMIENTO DE UN NUEVO PAPA, QUE ES TAMBIÉN CIENTÍFICO, ALIENTA A GALILEI A PROSEGUIR CON SUS INVESTIGACIONES SOBRE LA MATERIA PROHIBIDA, LUEGO DE OCHO AÑOS DE SILENCIO. LAS MANCHAS SOLARES.

Casa de Galilei en Florencia. Sus discípulos Federzoni, el pequeño monje y Andrea Sarti —que ha dejado de ser un niño— están reunidos en una lección experimental. Galilei, de pie, lee un libro. Virginia y la señora Sarti cosen ropa para la boda.

ANDREA (*lee en una pizarra*): Jueves a la tarde. Otra vez cuerpos flotantes. Hielo; cubo con agua; balanza; aguja de hierro; Aristóteles. (*Busca los objetos. Los otros consultan libros.*)

VIRGINIA: Coser ropa de ajuar es una labor que se hace con ganas. Éste es para una mesa larga. Ludovico gusta de recibir huéspedes. Pero debe estar bien hecho, porque su madre vigila hasta el último hilo. Ella no está de acuerdo con los libros de papá. Tan poco como el padre Cristóforo.

SRA. SARTI: Hace años que no escribe libros.

VIRGINIA: Creo que él se dio cuenta de su equivocación. En Roma, un alto clérigo me explicó mucho de astronomía. Las distancias son muy grandes. (*Entra Filippo Mucius, un erudito de mediana edad. Presenta un aspecto algo trastornado.*)

MUCIUS: ¿Puede decirle al señor Galilei que debe recibirme? Me condena sin haberme escuchado.

SRA. SARTI: Es que él no quiere recibirlo.

MUCIUS: Dios la premiará si se lo ruega... ¡Yo debo hablar con él!

VIRGINIA (*va hacia la escalera*): ¡Padre!

GALILEI: ¿Qué pasa?

VIRGINIA: El señor Mucius.

GALILEI (*va a la escalera, áspero, sus alumnos detrás*): ¿Qué desea usted?

MUCIUS: Señor Galilei, le ruego me permita explicarle los párrafos de mi libro donde parece haber una reprobación de la teoría de Copérnico sobre el movimiento de la Tierra. Yo he...

GALILEI: ¿Qué quiere mostrarme? Usted coincide exactamente con el Decreto de la Congregación, está totalmente en su derecho. Si bien estudió matemáticas aquí, eso no nos obliga a oír de usted que dos por dos son cuatro. Pero, en cambio, tiene derecho a decir que esta piedra (*saca una pequeña piedra del bolsillo y la tira al vestíbulo*) acaba de volar hacia arriba, al techo. ¡No me hable usted de dificultades! Yo no me acordé por la peste y continué con mis apuntes. Y le digo: quien no sabe la verdad sólo es un estúpido, pero quien la sabe y la llama mentira, es un criminal. ¡Retírese de mi casa!

MUCIUS (*apagado*): Tiene razón. (*Sale. Galilei vuelve a su gabinete de trabajo.*)

FEDERZONI: Por desgracia es así. No es ningún genio y no valdría nada si no fuera su alumno. Pero ahora, por supuesto, todos dicen: él oyó todo lo que puede enseñar Galilei y debe reconocer que es todo falso.

SRA. SARTI: Me da lástima ese señor.

VIRGINIA: ¡Papá le apreciaba tanto!

SRA. SARTI: Yo quisiera hablar contigo sobre tu casamiento, Virginia. Eres todavía muy joven, no tienes madre y tu padre se lo pasa poniendo trozos de hielo en el agua. Pero, de todos modos, te aconsejaría que no le preguntaras nada referente a tu matrimonio, porque se lo pasaría una semana entera, en la mesa y cuando están esos jóvenes, diciendo las cosas más horribles. No tiene ni siquiera medio escudo de pudor. Nunca lo tuvo. No quiero hablarte ahora de estas cosas, sino simplemente decirte cómo será el futuro. Yo tampoco sé mucho, soy una persona sin instrucción, pero en un asunto así, tan serio, no se camina a ciegas. Por eso deberías ir a un verdadero astrónomo, en la Universidad, para que te

lea el horóscopo y sepas bien a qué atenerle. ¿Por qué ríes?

VIRGINIA: Porque ya estuve allí.

SRA. SARTI (*muy curiosa*): ¿Y qué te dijo?

VIRGINIA: Durante tres meses debo estar precavida porque el sol está en Capricornio, pero luego tendré un magnífico ascendiente y las nubes se disiparán. Si no pierdo de vista a Júpiter, podré realizar cualquier clase de viajes porque soy un Escorpio.

SRA. SARTI: ¿Y Ludovico?

VIRGINIA: Es un Leo. (*Después de una pequeña pausa.*) Parece que es sensual. (*Pausa.*) Esos pasos los conozco bien. Son del Rector, señor Gaffone. (*Entra el señor Gaffone, Rector de la Universidad.*)

GAFFONE: Traigo solamente un libro que puede, tal vez, interesarle a su padre. Pero le ruego, por amor de Dios, no molestar al señor Galilei. Ustedes perdonarán, pero siempre tengo la impresión de que cada minuto que se roba a ese gran hombre se roba a la misma Italia. Les dejo el libro cuidadosamente en sus manos y me marcho en puntas de pie. (*Se va. Virginia da el libro a Federzoni.*)

GALILEI: ¿De qué se trata?

FEDERZONI: No sé. (*Deletrea.*) "De maculis in sole."

GALILEI: Sobre las manchas solares. ¡Otro más! (*Federzoni se lo alcanza, enfadado.*)

ANDREA: Oye la dedicatoria: "A la más grande autoridad viviente de la física, Galileo Galilei." (*Galileo se ha puesto de nuevo a leer.*) He leído el tratado de Fabricio de Osteel sobre las manchas. Cree que son enjambres de estrellas que desfilan entre la Tierra y el Sol.

EL PEQUEÑO MONJE: ¿No es poco probable eso, señor Galilei? (*Galilei no contesta.*)

ANDREA: En París y Praga creen que son vapores del Sol.

FEDERZONI: Hum.

ANDREA: Federzoni duda.

FEDERZONI: No me introduzcas en la discusión, por favor. Yo he dicho: hum, eso es todo. Soy el pulidor de lentes. Pulo lentes y ustedes miran por ellas observando el cielo,

y lo que ven no son manchas sino "maculis". ¿Cómo puedo yo dudar de algo? ¡Cuántas veces les voy a repetir que no puedo leer los libros porque están en latín! (*Gesticula con rabia con la balanza. Un platillo cae al suelo. Galilei va hasta allí y lo levanta en silencio.*)

EL PEQUEÑO MONJE: Se dice que la felicidad se encuentra en la duda. Me pregunto por qué.

ANDREA: Desde hace dos semanas todos los días de sol subo hasta la buhardilla, debajo del tejado. A través de los intersticios de las tejas se cuelga un delgado rayo y así se puede tomar la imagen invertida del Sol sobre una hoja de papel. Tuve oportunidad de ver una mancha, grande como una mosca, borrosa como una nubecilla. Y la mancha cambiaba de lugar. ¿Por qué no investigamos las manchas, señor Galilei?

GALILEI: Porque estamos trabajando sobre los cuerpos que flotan.

ANDREA: Mi madre tiene cestos llenos de cartas. Toda Europa pregunta por su opinión. Su prestigio ha crecido tanto que ya no puede callar más.

GALILEI: Roma ha hecho crecer mi prestigio porque he callado.

FEDERZONI: Pero ahora usted no se puede permitir más ese silencio.

GALILEI: Tampoco puedo permitir que se me tueste al fuego como un jamón.

ANDREA: ¿Piensa usted, entonces, que las manchas tienen algo que ver con aquel asunto? (*Galilei no responde.*) Bien, conformémonos con los trozos de hielo, eso no le puede hacer daño.

GALILEI: Exactamente. Nuestra tesis, Andrea.

ANDREA: En lo que respecta a la flotación diremos que no depende de la forma de un cuerpo, sino de que éste sea más liviano o más pesado que el agua.

GALILEI: ¿Qué dice Aristóteles?

EL PEQUEÑO MONJE: "Una lámina de hielo ancha y plana es capaz de flotar en el agua mientras una aguja de hierro se sumerge."

GALILEI: ¿Por qué para ese Aristóteles el hielo no se hunde? EL PEQUEÑO MONJE: Porque es ancho y plano, de modo que no es capaz de partir el agua.

GALILEI: Bien. (*Toma el trozo de hielo y lo pone en el cubo.*) Ahora comprimo el hielo con fuerza contra el fondo de la vasija, alejo la presión de mis manos, y ¿qué sucede?

EL PEQUEÑO MONJE: Sube de nuevo a la superficie.

GALILEI: Exacto. Al parecer es capaz de partir el agua hacia arriba.

EL PEQUEÑO MONJE: Pero ¿por qué razón flota? El hielo es más pesado que el agua, porque es agua solidificada.

GALILEI: ¿Y qué te parece si fuera agua diluida?

ANDREA: Tiene que ser más liviano que el agua, si no, no podría flotar.

GALILEI: Ajá.

ANDREA: Lo mismo que no puede flotar una aguja de hierro. Todo lo que es más liviano que el agua, flota. Y todo lo que es más pesado, se hunde. Que era lo que se quería demostrar.

GALILEI: No, Andrea. Dame la aguja de hierro. Díme: ¿el hierro es más pesado que el agua?

ANDREA: Sí. (*Galilei pone la aguja sobre una hoja de papel y la coloca sobre el agua. Pausa.*)

GALILEI: Andrea, tienes que aprender a pensar con precaución. ¿Qué sucede?

FEDERZONI: La aguja flota. ¡Oh, San Aristóteles! ¡A él sí que nunca lo examinaron! (*Rien.*)

GALILEI: El sabio engreimiento es una de las principales causas de la pobreza en las ciencias. Su fin no es abrir una puerta a la infinita sabiduría, sino poner un límite al infinito error. Tomen nota.

VIRGINIA: ¿Qué pasa?

SRA. SARTI: Cada vez que ellos rien me llevo un pequeño susto. ¿De qué reirán?, me pregunto.

VIRGINIA: Papá dice: los teólogos tienen sus toques de campana y los físicos tienen sus risas.

SRA. SARTI: Pero estoy contenta de que, por lo menos, ya no mira tanto por ese tubo. Eso era peor todavía.